

OCTAVIO ALBEROLA SURINACH

**EL  
PROBLEMA  
DE  
LA  
LIBERTAD**



Ediciones JUVENTUD  
México, D, F.



AEP - CDHS  
BARCELONA

Precio \$ 1.00

## Al lector

Levantarse sobre el inmenso mar de incertidumbre, llevando en pos la luz de una aspiración, de un ideal, es tarea que pocos hoy en esta época de groseras metalizaciones son capaces de realizar.

Arremeter contra los falsarios, contra los prejuicios y los grotescos dualismos de una pseudocivilización imperante y atrofiadora, pocos, más pocos aún, pueden reunir la suficiente dignidad para hacerlo y tal es el caso del desinteresado amor a la verdad, al conocimiento, puestos en la escala de la constante superación.

Octavio Alberola, es poseedor de estas cualidades, además de tener una pluma amena y un pensamiento profundo ante cuyo desarrollo las formas se concretan y las ideas se precisan, poniéndonos ante nuevas perspectivas que el pensamiento filosófico y científico ha descuidado explorar.

Ediciones Juventud considera que este trabajo viene a llenar una necesidad ampliamente sentida en el mundo de las ideas y de los hombres libres, por ello espera que este folleto tenga una agradable acogida. Ha sido seleccionado para iniciar los trabajos de una serie de publicaciones dedicadas principalmente hacia la juventud estudiosa, siempre inquieta y siempre sedienta de nuevas orientaciones.

México, D. F. Febrero de 1950.

12

OCTAVIO ALBEROLA SURINACH

# EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

- |||
- I ¿Determinismo o azar? Estado actual del problema.
  - II Concepto determinista de la libertad.
  - III ¿Libertad o autoridad?
- ===



01757

MEXICO 1950

# PROLOGO

Entre los grandes problemas que han intrigado a la Humanidad, desde hace varios siglos, se encuentra, sin duda alguna, el problema de la libertad.

El pensamiento humano, ha querido desentrañar la verdadera esencia de este inquietante problema, creyendo algunas veces haberlo logrado ya; mas he aquí que aun en la actualidad, este problema, es el tema principal de todas las controversias y polémicas filosófico-sociales.

Todas las escuelas filosóficas, todas las ideas políticas y todos los sistemas morales, han emitido su particular concepción de la libertad; pero ninguna de ellas ha sabido plantear el problema en sus verdaderos términos, en su real situación; por esto, estas concepciones, no han tenido ninguna operancia en la vida humana y en la vida social, y, por esto, también, todas ellas han ido quedando relegadas en el tiempo y olvidadas hasta por sus mismos partidarios. La Historia es pródiga en ejemplos al respecto, ella nos muestra cómo desde la antigüedad, este problema intrigó enormemente a los hombres, y cómo en todos los períodos de la misma, el concepto de la libertad fué variando, a la par que las ideas político-sociales de los hombres iban también cambiando. Y ella nos muestra, a la vez, como esas concepciones que aparecían con un estruendo y un fulgor extraordinarios, se fueron rápidamente apagando, diluyéndose en el tiempo, el que, sin miramiento alguno, fué constantemente superándolas.

En este estudio vamos a analizar el problema de la libertad desde un punto de vista puramente humano; pero sin dejarnos, por ningún motivo, de la realidad que se nos hace evidente en la conciencia, por medio de la lógica causal de nuestro pensamiento presente.

El nuevo concepto que vamos a desarrollar, trae aparejado, como inevitable conclusión, el análisis de la noción autoritaria, en contraposición con la idea de libertad, constantemente enaltecida y tan frecuentemente olvidada. Indudablemente que después de realizar este importante estudio, no habrá hombre digno de sí que, apreciándose en lo que vale y en lo que le da la categoría de hombre, no sienta la noble pasión hacia la libertad, como todo hombre la siente cuando es potente, generoso y digno. Mas todos aquellos que no se sientan capaces para ser hombres, para defender su libertad, para mantener bien alta la cabeza, nunca podrán comprender lo que es la libertad y lo que ésta significa para el hombre; a éstos pertenecen, en exclusiva, las cadenas de la cobardía y la impotencia.

AEP - CDMS  
BARCELONA

## I

### ¿DETERMINISMO O AZAR? ESTADO ACTUAL DEL PROBLEMA

En esta última década, y como resultado de la aparente crisis determinista en los dominios del mundo microcósmico, han resurgido las ideas que alguna vez proclamaron la total independencia del ser humano respecto de la Naturaleza en que vive y se desarrolla.

No pocos espíritus selectos, francamente influenciados por esta momentánea y pasajera derrota del determinismo en los límites de la estructura interatómica, han tratado de volver a revivir las viejas y casi olvidadas concepciones de la independencia humana de las leyes de la Naturaleza y del Universo.

Y no sólo ha sido esta mal interpretada crisis de la ley causal, la que ha planteado de nuevo el problema de la libertad humana, sino que ha sido, indudablemente, la inagotable vanidad humana, ese eterno complejo de inferioridad ante lo infinito, lo que mayor influencia ha tenido. Somos vanidosos, demasiado vanidosos, como para conformarnos con esa verdad amarga y cruel, que nos sitúa al igual que la triste y pequeña gota de agua, sujeta a los embates ininterrumpidos del furioso oleaje en el inmenso y tormentoso mar universal.

Es nuestra impotencia para liberarnos de los lazos indisolubles que nos atan al rodar del tiempo y del Universo, lo que nos irrita y nos hace negar la evidencia de esta realidad. No nos resignamos a creer

que toda esa portentosa obra creada por el género humano, en un período tan corto de tiempo, pueda desaparecer un día por causa de una repentina convulsión cósmica que nos proyecte, a nosotros y a toda nuestra obra, a la nada del pasado; como quizás haya sucedido, tantas otras veces, con otros mundos semejantes al nuestro, y cuyos pobladores se creyeron también ser una finalidad, una meta de la Naturaleza, sin comprender, al igual que nosotros, nuestra pequeñez y nuestra relatividad en el devenir del tiempo.

Este problema, el de nuestra libertad, muy pocas veces ha sido planteado en los términos que le corresponden, en su verdadera situación. Muchos filósofos han visto en él un campo propicio para las especulaciones metafísicas; y así es como tenemos en la actualidad una serie muy variada de concepciones que, a pesar de que se dicen repeler unas a las otras, todas ellas tienen en el fondo, la misma esencia y el mismo origen. Y es natural, ya que el problema de la libertad sólo puede plantearse desde dos puntos de vista, y éstos son, innegablemente, el determinista y el del azar.

Todos esos escritores que han dedicado numerosas y bellas páginas al problema de la libertad, están acordes en aceptar —junto con los científicos—, que en el mundo material, sólo la lógica causal es la que distribuye y armoniza la infinita energía universal en todas sus formas y en todos sus estados.

No creo que sea necesario el tratar en este pequeño estudio, el estado actual del determinismo en el campo científico, pues la investigación creadora que realiza la Ciencia, sólo es posible mediante el criterio causal de sus métodos. Aun en el mundo atómico, en el que por causa de sus dimensiones tan extraordinariamente pequeñas, el investigador se ve obligado a estudiar los fenómenos por medio de estadísticas, aun allí es la causalidad la que impera y la que, poco a poco, va desentrañando la realidad de ese mundo infinito y misterioso.

Sin embargo, es conveniente aclarar esa concepción tan generalizada —aun en las mentes más pre-

paradas—, y que confunde el determinismo con el fatalismo. Sin duda que esta situación es, en cierto modo, el resultado de la aceptación por parte de algunos sabios y pensadores, del dogma fatalista en las variantes del fatalismo pesimista de Buda y las variantes del dinamismo estoico. Creen que el determinismo implica, necesariamente, el fatalismo; pero no es así. Para el hombre de nuestros días, no puede existir el pretendido fatalismo; pues él nunca llegará en su temporalidad a comprender las infinitas causas que lo mueven a actuar, y que forjaron en el pasado al presente, y mucho menos las que ahora forjan el porvenir.

El determinismo implica —naturalmente— una concepción del Universo, en tal forma que el presente resulta hijo del pasado, como a su vez es padre del porvenir. Implica un eslabonamiento de causas y efectos, como una cadena que tiende por sus dos extremos, en el tiempo, hacia un infinito desconocido y eterno.

Aceptando por una parte la noción del infinito, como una noción necesaria, natural y racional, y por otra, conscientes de la finitud y pequeñez de nuestra capacidad investigadora, vemos cómo el fatalismo y el absolutismo en cuanto atañen al hombre, se desvanecen totalmente. Ese marco calculable para un ser extranatural e infinitamente superior al hombre, no es valedero para la inteligencia humana, y en los dos polos de lo infinito, el de la grandeza y el de la pequeñez, en el abismo macrocósmico y en el abismo microcósmico, vemos por doquiera el camino a lo nuevo en el mundo.

De este más allá infinito, pero no sobrenatural, de esta inmensidad de energía, de este abismo insondable, puede siempre surgir en el mundo un elemento nuevo que, aunque es determinado por sus antecedentes, no es determinable en todo para nosotros. El pasado y el presente determinan, necesariamente, al futuro en la evolución de la vida y la Naturaleza; pero este riguroso fatalismo del devenir universal, no tiene significado para la conciencia humana, pues aunque las acciones pasadas determinen nuestra con-

ducta futura, ésta es, en el presente, una incógnita para nosotros, dada la imposibilidad de estudiar nuestra naturaleza interna, tanto en lo físico como en lo espiritual, ya que como sujetos de la investigación, no podemos ser el objeto de la misma, sin velar gran parte de ella.

En la vida de los mundos, en la de nuestro Universo, como en la del más infinitesimal microcosmo, hay siempre lugar para la acción, acción que con la novedad y la purificación, forman el progreso, la evolución de la Naturaleza en su eterno suceder. Y aun dentro de la innovación no queda lugar para el azar, ya que las causas que la determinan, aunque momentáneamente pueden permanecer ocultas, no tardan en manifestarse y en comprobar una vez más el determinismo universal.

Partiendo del concepto de infinito, Paul Gille entre otros, ha pretendido demostrar que los focos individuales de energía tienen una completa autonomía respecto de los demás y del infinito todo universal. Suponen y creen que el determinismo imperante en la Naturaleza, no tiene valor en lo que toca al infinito; mas éste, al no tener acción ni reacción con nada, es, por sí solo, el todo, y al estar formado por los finitos, su naturaleza interna queda regida por la diversidad de finitos y por la causalidad de sus leyes.

Y, en efecto, en la Naturaleza sin límites, son innumerables los universos; y así es como al través de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, en todas direcciones, vemos a los mundos pular sin número en el infinito, cada cual con su organización y su vida propia, su orden, su norma; mas, todos ellos, aun en la variedad natural de la vida, inagotablemente compleja y diversa en su incalculable inmensidad, quedan ligados unos a los otros, por las mismas leyes, que en lo particular pueden adoptar diferentes aspectos, pero siempre con el mismo fondo, siempre en todas ellas, en todos los fenómenos, el antecedente condiciona al consecuente.

Cada universo tiene su régimen diferente. Cada mundo tiene su escala y su actividad propias. Cada

esfera tiene sus leyes particulares —causales todas—, uniendo a todas las esferas en el infinito todo universal, sus mutuas acciones y reacciones, bajo la ley causa-efecto que condiciona su misma existencia.

Sí; el hombre al igual que el mundo, es un bello y delicado mecanismo; pero a diferencia del Universo, nuestra energía es finita, y por esto es que estamos condenados "fatalmente" a perecer; mientras que la Naturaleza, con su energía aparentemente infinita, está inexorablemente obligada a evolucionar, a vivir eternamente. Nuestro mecanismo espiritual, del mismo modo que el físico, queda también sujeto a las leyes deterministas que rigen y orientan la vida.

Ya en la actualidad es inútil el tratar de negar el funcionalismo determinista de nuestro espíritu. Con los grandiosos adelantos logrados en los últimos años en el intrincado campo de la Psiquiatría, se ha puesto perfectamente en claro la evolución, el origen y la naturaleza de nuestro pensamiento; del pensamiento y de la conciencia, resultado de nuestra estructura y composición cerebral. El hombre que da en espíritu y en materia ligado, en virtud de lo anterior, al medio en que crece y se desarrolla, y del cual es el resultado directo, en función de las leyes causales que lo rigen.

Por esto es, que en el estado actual de nuestros conocimientos, vemos que esa libertad metafísica tan querida y tan mencionada por los filósofos, pierde ante la realidad todo el valor que se le atribuyó y que aun se le quiere atribuir.

Digamos lo que digamos, esa anhelada independencia cósmica del individuo respecto de la Naturaleza, es imposible concebirla mientras no desaparezca en nosotros la lógica determinista de nuestro pensamiento. Y por más que pretendamos escaparnos de la realidad, el determinismo de las cosas, la lógica causal de la Naturaleza nos sujeta al eterno y eslabonado devenir de la vida y del Universo.

### CONCEPTO DETERMINISTA DE LA LIBERTAD

Hemos visto cómo el determinismo causal de la Naturaleza que forja su misma evolución, condiciona en la vida espiritual una causalidad rigurosa y necesaria, aunque relativa en cuanto atañe a su conocimiento por parte del individuo.

En esta concepción de la realidad, no queda, aparentemente, lugar alguno para la idea de la libertad. El hombre al hallarse sujeto inexorablemente a las leyes que armonizan la infinita energía universal, pierde su independencia cósmica, y su vida se sumerge en el fatalismo de un porvenir predeterminado y cierto. Nuestras existencias tienen su futuro bien determinado ante la próxima realidad. Su trayectoria en el espacio —tiempo pasado y actual—, determina, necesariamente, su trayectoria futura. Vemos, pues, que nuestras conductas son determinadas no por nosotros, sino por un pasado y un presente perfectamente relacionados, y en los cuales, aunque la existencia real de nuestras acciones haya sido nula, estaban lógicamente implicadas.

Pero ante esta evidencia muchos espíritus selectos se alarman; creen que esta concepción tan apegada a la realidad puede influir en los seres, en un sentido de pesimista inactividad; suponen que los individuos al comprender el determinismo de sus actos, no sentirán ningún "deseo" de proseguir su marcha, de laborar en su superación. Mas todos ellos no aciertan a comprender que, aunque nuestras conductas futuras estén determinadas, nunca lograremos nosotros conocerlas a priori en todo, siempre habrá un algo de incertidumbre en nuestros espíritus, y este indeterminismo relativo de nuestra conciencia, es el que crea y creará el incentivo para nuestra marcha; el eterno anhelo de vivir para conocer lo aun desconocido, el anhelo de satisfacer nuestra ansiedad nos seguirá incitando a proseguir el curso de nuestras vidas.

Es conveniente volver a remarcar que el determinismo no implica, necesariamente, el preconocimiento, la predestinación. El futuro, aunque determinado, no siempre nos será predecible, y de esta ignorancia, de este desconocimiento actual es de donde surge la novedad, la innovación.

Claro que el viejo concepto metafísico de la libertad pierde, ante esta realidad, todo su valor, y se desvanece en la nebulosidad de un pasado oscuro y tormentoso, para dar paso a una nueva concepción, más reducida que aquella en sus pretensiones, pero igualmente bella y mucho más real.

Desde el mismo momento en que hemos comenzado este estudio, se entrevé, se apunta como lógica conclusión, esta nueva y hermosa concepción de la libertad. Todo nuestro análisis, toda la portentosa obra de la Ciencia nos la señala, al igual como la historia de los pueblos y las sociedades, nos la ha objetivado, al practicarla en todas sus manifestaciones sociales.

El concepto de la libertad, el concepto determinista, no puede ser otro que una independencia de acción del ser respecto de los demás. Cuando una conciencia es detenida o retardada en su evolución por otra conciencia, es entonces cuando la libertad de acción es negada, y es entonces, también, cuando nace el espíritu de rebeldía para vencer y destruir dicha obstrucción.

Los seres viven gastando su energía en la acción vigorosa de su evolución física y espiritual; mas, cuando esta evolución es interrumpida por un obstáculo cualquiera o por otro ser, entonces la energía se acumula hasta adquirir la suficiente potencialidad para vencer y superar el obstáculo que impedía su libre evolución.

Es en el aspecto social, en las relaciones humanas, en donde esta concepción se ejemplifica, elevándose, por su nobleza y hermosura, hasta las máximas alturas que hacen la grandeza de la vida. Es esta armonía creciente hacia la cual tiende todo lo que existe, la que nos señala esta libertad, y que es en realidad el mismo bien en su esencia.

Esta nueva concepción de la libertad conlleva en sí la indulgencia. Al tratar otras conciencias de imponernos sus acciones, sus deseos, sus inquietudes, sobre las nuestras que pueden ser repelentes a aquellas, surge la rebeldía en pos de la libertad que se nos trata de arrebatar; pero conscientes del determinismo imperante en aquellas conciencias, somos indulgentes para con ellas, aunque no para el hecho en sí, para la repelida imposición.

Nuestras vidas y nuestras conductas están determinadas en el tiempo por el pasado; pero el futuro no es factible sin el presente, por esto es que, con la conciencia de nuestro poder actuante en el momento presente, debemos lanzarnos decidida y valerosamente en pos de un futuro que nos pertenece y al cual estamos forjando.

La influencia del medio en todas nuestras acciones es innegable, así como también lo es la correlativa y mutua influencia de los seres entre sí. Por lo tanto, con este conocimiento, el hombre buscará en las relaciones sociales, en la lectura y en la investigación, la influencia benéfica que necesita para el desarrollo integral de sus tendencias, innatas o adquiridas en el transcurso de su existencia.

Esta concepción tan humilde de la libertad, por ser la única posible y realizable, había pasado casi desapercibida a los ojos de esos pensadores, que al verla practicada por los individuos y los pueblos como una facultad natural, no le dieron importancia y pretendieron encontrarle un campo de acción que no le correspondía, creando para tal objeto hipótesis metafísicas que le atribuían un origen sobrenatural y un valor cósmico imperante en la realidad. Tanto las concepciones metafísicas como las monistas, parten de un mismo principio que, aceptándolo o no, es el del libre albedrío, concepto este último tan inaceptable e irreal como la misma irrealidad.

Demostrado el determinismo en todos los campos de la vida, en la Naturaleza en general, se impone por sí sola la concepción determinista de la libertad. Esta es, y ha sido siempre, la evolución autónoma de las conciencias respecto de las imposiciones

externas producidas por otras conciencias, y cuyo punto de afinidad sólo puede ser la confraternidad.

Queda, pues, asentado que el concepto de la libertad sólo tiene sentido, cuando se aplica en función de los valores humanos y en las relaciones humanas. Esto es, la libertad implica desde el primer momento la dignidad de espíritu, la rebeldía a toda opresión física o espiritual ejercida por unos seres sobre otros.

La esclavitud, la servidumbre oprobiosa queda sólo para los impotentes, para los cobardes y los pobres de espíritu. La vida tiende siempre a la expansión, a la fecundidad del ser; mas, cuando un individuo por una deficiencia orgánica o mental se ve imposibilitado de expandirse, de vivir en la acción vigorosa de una constante superación, entonces se deseca interiormente y, poco a poco, se muere en la esclavitud inactiva de la impotencia.

En todas las manifestaciones de la vida y del Universo, vemos una constante tendencia hacia la actividad creadora, una creciente armonía que va del minúsculo átomo a los inconmensurables universos en una grandiosa comunión. El espíritu se eleva del simple y grosero materialismo hasta el mundo de las ideas, plétórico de inquietudes y de ilimitadas posibilidades creadoras. Penetra, poco a poco, en los dominios infinitos de la vida intelectual, en los que el primer postulado indispensable para el triunfo es la libertad, la tolerancia mutua de los seres y las ideas, para no perder la mínima partícula de verdad posible, para alcanzar el máximo conocimiento.

La libertad adquiere desde este punto de vista, su verdadero significado, su verdadero valor: Libertad es, y no puede ser de otro modo, la ausencia absoluta de toda imposición física o espiritual, ejercida por unos hombres sobre otros, en las relaciones humanas, y conlleva en su mismo espíritu el máximo respeto y amor hacia los semejantes.

En esta armonía natural, lograda mediante la constante superación, se vislumbra ya el reinado de la razón, la verdad y la libertad. Y esta etapa evolutiva que será la culminación del progreso humano,

señala en sus bellos y fecundos horizontes, los comienzos de una nueva sociedad, los albores de una nueva confraternidad, en la que la tolerancia y la libertad, junto con el amor y la indulgencia, realizarán la anhelada felicidad humana.

### III

#### ¿LIBERTAD O AUTORIDAD?

Después de analizar profundamente los conceptos anteriores, no puede uno dejar de formularse esta inevitable pregunta: ¿Libertad o Autoridad? Tal es el dilema en que nos sitúa la diaria vida social. Y no habrá hombre digno de sí que no sepa comprender la extraordinaria importancia de estas dos irreducibles posiciones.

La libertad implica en sí, ausencia total de autoridad, de despotismo alguno en las relaciones humanas. Su existencia sólo es posible mediante la tolerancia, la confraternidad y la socialidad, que es lo que constituye su única razón de ser, su misma esencia. La independencia entre los seres para realizar su libre evolución, solamente es factible con la desaparición de toda coherción externa, de toda imposición ajena a nuestras tendencias y a nuestros deseos.

Ahora bien, es indudable que no habrá un solo individuo que, apreciándose en lo que vale, se someta voluntariamente —sin antes luchar— a la opresión de un despotismo autoritario, ajeno a su propia naturaleza, y que solamente procuraría su envilecimiento, su degradación, para poder mejor dominarlo.

Todos los hombres con dignidad, todos los que sepan vivir sin necesidad de las muletas del inválido, todos sin excepción, deben rebelarse, y se rebelan, ante la simple posibilidad de un despojamiento de la libertad personal, por parte de otros individuos o de alguna entidad. Sólo los cobardes, los débiles, los castrados morales, se someten a la autoridad de otros, entregando, o tirando simplemente, todo aquello que un día les dió la dignidad y la categoría de hombres.

AFP - CDHS  
BARCELONA

Para éstos, para todos aquellos que constituyen la escoria humana, sólo queda un camino posible a seguir: el autoritarismo. El Estado es su guía, su salvador y protector, y aun explotándolos e injuriándolos, lo idolatran, lo bendicen y lo defienden.

El Estado, ese frío monstruo que representa a la autoridad, niega en todas sus acciones, impide con todos sus criminales movimientos, toda posibilidad de libertad en los pueblos que domina.

La libertad, en todo régimen autoritario, es vejada, pisoteada cobardemente por los poseedores de la fuerza, aunque para encubrir todos sus arbitrarios actos es demagógicamente enaltecida.

Es imposible aceptar la existencia conjunta de estas dos nociones que radicalmente se repelen, y que sólo desapareciendo una, puede quedar triunfalmente la otra. De aquí, que los verdaderos amantes de la libertad no acepten a la autoridad en ninguno de sus formas. La dignidad humana y la misma vida nos exigen la repulsión, la destrucción de todo vestigio autoritario, de esa superflua y nociva monstruosidad llamada Estado.

Es evidente, y estamos plenamente convencidos, que mientras exista el poder, la fuerza erigida autoridad, la libertad no será realizable, pura ilusión, puro sueño, una utopía.

Pero, no es solamente el Estado el que impide el libre desarrollo de la vida individual y colectiva de los pueblos, sino que al autoritarismo policiaco y económico, hay que añadir la dictadura de las condescencias, la esclavitud de los espíritus, impuesta por las religiones y los sistemas filosóficos que se asientan en la idea de lo absoluto.

Tanto las religiones como esos sistemas filosóficos, partiendo del absoluto sobrenatural, imponen a la Humanidad un autoritarismo rígido e indigno, que sumerge a los espíritus en el lodo de la ignorancia y la esclavitud de la impotencia.

Las religiones, el cristianismo naciente, que trae al mundo las más hermosas máximas que puedan expresar el horror a la violencia, condena desde sus comienzos duramente a aquellos que no crean en él.



Todas ellas y todas las ideas filosóficas relativas a la organización de las sociedades, han sido impuestas y mantenidas por la violencia. Son, desde su origen, la misma negación de la libertad. Se lanzan unas contra otras, utilizando la fuerza como medio de convencimiento. Convencen a los pueblos después de vencerlos en los campos de batalla y de una cruenta y sanguinaria persecución "educativa".

Todas tienen las manos manchadas de sangre de los que han muerto defendiendo a la libertad, y, sin embargo, todas también pretenden otorgar y defender una libertad que no sienten y que desprecian.

Son las religiones las culpables de esta desastrosa situación, ya que han sido ellas las que han convertido el espíritu rebelde del hombre en un espíritu servil y miserablemente esclavo. Predicando, y exigiendo por la fuerza cuando ha sido necesario, han obtenido la sumisión de los individuos a las garras absurdas de un poder extranatural, el que prometiéndoles la felicidad en "el otro mundo", les induce a servir con resignación a los poseedores, a los acaparadores de las riquezas de "este mundo".

Tanto la Religión como el Estado, han sido siempre los serviciales lacayos de los poseedores del capital. Estado y Religión sirven solamente para garantizar el robo, el despojo de los frutos del trabajo a sus directos productores: los trabajadores. Tanto las leyes jurídicas como las divinas, han sido creadas para ese objeto; y aunque algunas veces se expiden leyes que otorgan a los trabajadores algún beneficio, lo hacen para evitar que éstos se rebelen, y valientemente se apoderen de lo que justa y verdaderamente sólo a ellos pertenece.

Son las religiones, junto con el Estado y los poseedores de las riquezas sociales, los que han impedido constantemente el ejercicio de la libertad por el pueblo; pues saben que al desaparecer su autoridad, y al prevalecer la libertad y la justicia, desaparecerían todas sus prerrogativas, perderían todos los privilegios, mediante los cuales llevan en la actualidad una vida de disipación y lujuria a costas de la miseria del pueblo, que aun siendo el productor de

todas las riquezas, se muere y ve morir a sus hijos en la insoportable y atroz agonía del hambre.

Vemos que, para que la libertad sea una verdadera realidad y no quede solamente en una prometedora y bella palabra, es necesario borrar para siempre de la sociedad humana estas instituciones que son las causantes de todos los males sociales, del envejecimiento y degradación de la Humanidad.

Ahora, más que nunca, conviene revivir a las conciencias de la somnolencia fatal en que han sido sumergidas por un pasado nebuloso, grotesco e inhumano. La Humanidad requiere de hombres valerosos que sepan oponer sus fuertes y nobles convicciones, al fanatismo intransigente y antinatural de una clase corrompida y bárbaramente deshumanizada, que amenaza con arrastrarnos a todos al sacrificio estéril de una descomunal matanza, y de cuyo campo de batalla sólo puede salir triunfante la ignominia y la barbarie erigida en ley.

Es necesario que todos los seres que aman la libertad, que saben luchar por un ideal justiciero, que no sienten en su interior la cobardía del esclavo, unan todas sus fuerzas en la defensa de la libertad, tantas veces proclamada, y tan frecuentemente olvidada y escarnecida.

En esta lucha que nos amaga va en juego nuestra libertad, y de nuestra decidida actuación presente, depende nuestra esclavitud o liberación futura. Dejemos que los cobardes, los de espíritu servil, los impotentes, los que tienen alma de esclavos, mendiguen su limosna a los poderosos y se arrastren por la tierra bajo el peso de sus propias cadenas, dejémosles a ellos esta vida miserable e injusta, y en cuyo fango tan a gusto parecen vivir; y exijamos para nosotros, y luchemos por conseguir, la plenitud de una vida más íntegra, más justa y más humana.

Luchemos sin cesar por nuestro ideal, sin desfallecer jamás, ya que la aurora de nuestros anhelos comienza a alborear en toda la infinitud del horizonte, anunciándonos el fin de la autoridad y el triunfo de la libertad humana.

## Concurso de folletos

"Ediciones Juventud" anuncia que el próximo trabajo que publicará será el que resulte ganador en un concurso de colaboraciones, que estará abierto durante todo el mes de abril, el resultado se dará a conocer en el mes de mayo, por los periódicos "Regeneración", y "Tierra y Libertad", en caso de recibirse dos o más trabajos, que la comisión considere importantes se irán publicando conforme vayan reuniéndose los fondos necesarios. El tema es libre, la única limitación es que trate de algún asunto de importancia actual, y que se adapte a las posibilidades de contenido de este folleto.

Los envíos deben hacerse a: "Ediciones Juventud", Secretariado de las J.J.L.L. "Centro Ibero-Mexicano", V. Carranza 50-Altos. México, D. F.

Podemos surtir cualquier pedido que se nos haga de los siguientes folletos:

"Semilla Libertaria", de Ricardo Flores Magón.  
(los dos tomos)

"Sembrando Ideas", de R. Flores Magón

"Tribuna Roja", de R. Flores Magón

"Dos Conferencias", de H. Plaja.

Los pedidos a la anterior dirección.

La Comisión Editorial de las J. J. L. L.

*Agnar Canada*